

cen una mamografía. En *El rastro*, en cambio, Nora se ha vestido de chelista que asiste al velorio de su ex marido, también músico, y establece un diálogo consigo misma donde el cuerpo y sus dolencias sirven para representar tensiones, displacer, el malestar generado por el fracaso amoroso y otros desajustes. Novela que se estructura en torno a un centro vital, el corazón, y a partir de ahí el relato se materializa gracias a las distintas formas de narrar la subjetividad. Nora apoya su historia con semblanzas biográficas de músicos famosos (como el contemporáneo Daniel Barenboim) o reflexiones sobre la grabación que, en su momento, realizara Glenn Gould de las *Variaciones Goldberg* de Bach, mientras la literatura y los viajes sustentan todo lo demás, nada menos que la vida misma —«esa herida absurda», como se dice tangueramente en la novela— que contiene a la insoslayable muerte.

En *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*, Nora vuelve a explorar el mundo exterior a través de pequeñas observaciones, de una mirada inclinada hacia el detalle, que se constituye, por acumulación, como única manera posible de acercarse a una verdad más rica, más proteica del entorno y de su propia realidad. Por los intersti-

cios de las zonas clausuradas, como los conventos de sus monjas sabias, a las que tantas páginas Glantz ha dedicado, es por donde se expande no sólo una visión del mundo amplia en matices, en descubrimientos ínfimos pero poderosos, sino otra más singular, más narrativa, incluso más desquiciante, pero plena de interés. Tanto es así que, en esta ocasión, Nora García se conecta consigo misma a través de los pies y, mediante ellos, con todo lo demás. Pies que calzados con zapatos de diseñador hacen menos pedregosos los trayectos, a veces oscuros y tremendos, de la vida o aquellos que tienen un sesgo risible, pero que las mujeres como Nora transitan, aún hoy, serias, con inseguridad o culpa, con esguinces de tobillos o de cintura, y que Glantz recupera para crear episodios llenos de comicidad y humor negro.

Cuerpo, siempre fragmentado, y lenguaje repiten escenario en estas historias, donde el pie, objeto de seducción de lo bajo, de lo minúsculo, del extremo más austral de la anatomía humana, y los senos cobran preponderancia para una Nora García —¿quizás *alter ego* de Margo Glantz?— capaz de experimentar una amplia gama de sensaciones, desde el dolor «continuo y mediocre (...) como el de un callo o una muela inflamada» a las golosas dulzuras del placer

erótico. Escritura personal, confesional, donde el tono sospechoso de la autobiografía pone en jaque todo lo que se cuenta a veces de manera distanciada o extrañada. «Es hora de confesar –leemos en la página 13 del libro– que esta historia es autobiográfica, y por tanto profundamente sincera». Autobiografía en la que se cuenta, como ocurre en todas las variantes del género, lo que uno fue o, más bien, lo que uno cree que fue o pudo haber sido, y en la que imperan muchos de los artificios propios de la ficción. De hecho, Glantz sabe, y así lo refleja, que la «dignidad y la belleza del pie desnudo sólo se conserva en las estatuas»; en los cuerpos vivos todo se contamina, se degrada o sucumbe a la transformación, a la transfiguración que la ficción ejerce sobre los hechos y las cosas que narra.

En las obras de Glantz, especialmente en esta última, encontramos historias mínimas sobre diversos exilios y viajes, por las que desfilan padre y madre judíos, un ex marido, unos hijos y un ejército de canes que dan lugar a un extenso y nostálgico relato de todos y cada uno de los perros que formaron parte de la intimidad de Nora. Y también está su voz protagonista, a veces difuminada que, para no hablar de sí misma, necesita apoyarse en referencias cultu-

rales, en otras vidas, en otras biografías, en otras historias que aluden, por ejemplo, a Teresa de Jesús y Moisés; a su ídolo, el diseñador de zapatos Salvatore Ferragamo, y a heroínas de ficción, a autores universales y nacionales. Nombra con familiaridad, de su país, a Carlos Fuentes y Monsiváis, a Sergio Pitol y Mario Bellatín, a Juan Villoro y Rulfo, alude a pintores y artistas de Hollywood; comenta aspectos de algunas capitales del mundo, México principalmente, y también Londres y otras ciudades europeas, pasando revista, incluso, sobre acontecimientos de actualidad, como el 11 M, que sacudió Madrid aquella aciaga mañana del 11 de marzo de 2004, cuando el terrorismo impuso su rostro más siniestro.

La minuciosa elaboración de estas historias mínimas, que se demoran en las filigranas casi inadvertidas, en las huellas borradas con las que Margo Glantz pareciera raspar o «retorcerle el cuello» a las grandes historias escritas con intención totalizadora, constituyen su estética, su razón de crear, su modo de oponerse a sistemas estereotipados que funcionan con una técnica aristotélica consabida y producen obras para captar público y no lectores, ya que no perturban ni transgreden nada. Glantz, por el contrario, trabaja contra la rigidez

del canon, pero sin subestimar la dinámica de la narración clásica. Presenta asuntos, en apariencia nimios, triviales frente a lo supuestamente importante; contrapone el pudor y la duda a la contundencia; y la complejidad contra toda normativa o mirada sim-

plificadora de la realidad, creando, asimismo, un lenguaje propio que se nutre de «sensaciones pensadas», como le gustaba decir a Clarice Lispector, para acercar al lector una vía de análisis diferente.

Reina Roffé

Adiós. Conserve-se
 A saúde de todos e
 creame no futuro
 amigo q. d. seu.
 João Valera



Monumento a Juan Valera (Cabra)